



Rubén Azocar, Leontina su mujer, Juvencio Valle, una cuñada de Rubén y Diego Muñoz Espinoza.

RUBEN AZOCAR: El hombre que creó Chiloé

Hay una parte de Chile en que su territorio se hace súbitamente mil pedazos bajo la lluvia y el viento, con un mar siempre belicoso al Poniente (un mar que no duerme nunca) y cien canales mudos al otro lado, mudos porque acaba de pasar por ellos el espanto.

En la Isla Grande hay, sin embargo, muchos rincones apacibles, con pequeñas flores silvestres y en medio de ellas, una parroquia rodeada de casas que son como sus crías.

Los rebaños tienen olor a luche y andan por lomas y praderas pastoreados por pescadores. A la mar salen los labriegos en sus pequeñas barcas como carretas marinas; llegan a los corrales, arreean la pesca y vuelven a tierra nuevamente con las carretas cargadas de gavillas de pescados.

La papa y el luche andan siempre juntos en la Isla, como don Pedro de Valdivia y doña Inés de Suárez.

CARLOS BOLTON entrega nuevos poemas y dibujos para deleite de los lectores. Ya totalmente repuesto de su operación, entrega su colaboración a LA HOJA VERDE con renovado entusiasmo.

★★★

ALBERTO LOBO (Rodrigo Alberto Araneda Fogliatti) es un ingeniero de ejecución electricista, formado en la UTE, que ha publicado ya seis libros de poemas: "De mi tierra", 1987; "Divagaciones", 1988; "Las iras y los extravíos", 1989; "Oceanías", 1990; "Quenas del Norte", 1991; "Tiempo de Invierno", 1992; y este año ya tiene en prensa "Hastíos". Sus libros los divulga regalándolos. En ellos se expresa su posición crítica frente a la realidad cotidiana.

Raúl Mellado
1993

Diego MUÑOZ ESPINOZA

Hay costumbres allí que sólo allí se dan. Leyendas que fueron formándose poco a poco, como la perla de las ostras. Gigantescos alerces que yacen bajo tierra como faraones embalsamados.

Eso y mucho más. Pero la historia hace solamente grandes montones de fechas; la geografía dibuja y mide con empecinamiento. Y las páginas de los viajeros dan rienda suelta a una ociosidad tan activa y emprendedora que procuran bien pronto al aburrimiento.

Por eso Chiloé no existía. O era, simplemente, una parte del mapa; o un pedazo de historia como un reloj de tapas muy finamente labradas, pero sin maquinaria.

Hasta que Rubén puso término a esta situación: distribuyó la GENTE EN LA ISLA con sus costumbres, caracteres, leyendas y modalidades, les dio el soplo de la vida y lo entregó todo a Chile, al Continente y al mundo.

Ahora Chiloé es un lugar conocido, querido y admirado por lectores que viven a grandes distancias de esa tierra encantada, pero que la aman y no la olvidarán nunca.

Tal es el poder mágico de Rubén Azócar, el escritor.

Pero los viejos amigos suyos no deseaban hablarle ahora de literatura, sino de amistad, de cariño y de respeto para él y para nuestra querida amiga Leontina, su noble compañera.

No debo, pues, salirme de madre.

De todos los amigos de Rubén, los más viejos hemos estado visitando su casa desde un tiempo algo remoto ya.

Hasta ella llegábamos con todas las ansias y pasiones desordenadas de la mocedad, sin advertir que esta relación nos ponía ya en camino de llegar a ser viejos amigos con la sola condición de no atajar el tiempo, de dejarlo correr con entera libertad. Eso hemos venido a verlo ahora solamente, cuando han pasado ya 40 años, más o menos.

De la misma manera, sólo ahora hemos llegado a descubrir la casa de Rubén.

Porque vivió en diversos barrios y en diferentes ciudades; pero la casa era siempre exactamente la misma.

Venía el invierno duro, a veces con lluvias torrenciales; pero no entraba el agua en ella. O antes que entrase llegaban siempre oportunamente la buena chicha y el mejor vino, que eran los porta-estandartes del arrollado y de las sopaipillas.

Solíamos pasar veranos muy calurosos; pero esto tenía un remedio más fácil todavía, porque hasta la misma casa de Rubén hacíamos llegar, entre todos, un revoltoso estero de cerveza helada. Y si el otoño logró entristecernos alguna vez, la primavera, en cambio, estaba siempre con nosotros en la casa de Rubén.

No lo entendimos entonces, pero ahora lo comprendemos claramente. Resulta que la casa de Rubén es él mismo. Y que no es baja ni estrecha, sino muy ancha y alta, y de mucho fondo.

En esta casa todas las literaturas tienen su aposento; y el más espacioso de todos, el de mejor ventilación, el más luminoso le fue asignado a la literatura de nuestro idioma y a la literatura de nuestra patria.

Allí tienen también vivienda asegurada muchas generaciones de estudiantes que no han olvidado ni olvidarán nunca a su maestro más querido.

Coros y guitarras, ensaladas y botellones formaron siempre parte de la servidumbre de esta casa, y siguen viviendo en ella.

Muchos desvanes hay por todas partes, y todos repletos de recuerdos que salen por la noche o al amanecer. Algunos aparecen tan vivos como nosotros mismos; otros se presentan muertos, pero muertos de risa.

Dentro de esta casa que es Rubén mismo, Chile entero está vivo, con desiertos, cordilleras y aldeas, con ciudades, islas y praderas, y gentes y más gentes de todas partes, de todos los rincones. Es el pueblo que vive allí también.

En su despensa se juntan fraternalmente el digüeño de selva adentro, los collares de mariscos de mar afuera, la tentadora adolescencia de las cebollas, el corvo ensangrentado del ají seco, la severa austeridad del charqui, el príncipe embotellado y el astuto pipeño.

Y todo está dispuesto allí para salir prestamente cuando llega su turno.

Mas, para qué seguir hablando de algo que todos los amigos conocen tan bien.

Es mejor terminar ya, pero dejando expresados, eso sí, dos anhelos que a todos nos unen, seguramente:

Que no nos falte nunca tu casa, Rubén, que es tu propia persona; tu casa, en la cual todos somos inquilinos, unos más viejos que otros, y muchos jóvenes que han venido llegando; pero todos fieles inquilinos tuyos.

Y que sea larga tu rectoría moral y profesional en la Presidencia de la Sociedad de Escritores de Chile, cuyos miembros han reconocido tu brillante labor de treinta años en las letras y en el gremio.

Te han hecho un honor muy alto, Rubén. Es cierto. Pero tú habrás de hacer honor muy grande a la Sociedad de Escritores.

(Discurso de ofrecimiento en la comida en honor de Rubén Azócar, Junio de 1961).

Rubén AZOCAR

LA PUERTA

Puerta ruinosa, puerta oscura,
eres como mi madre,
que me abría los brazos cada vez que volvía.

Yo recuerdo que cuando se la llevaron muerta,
abriste las dos alas
como un pájaro triste que se va de la jaula.

El camino en silencio
se tendió como un perro
frente a la antigua reja.

A veces se me ocurre
que alguien viene a buscarme.
Entonces, como nunca, te hallo igual a mi madre.

Puerta ruinosa y triste,
tienes las alas negras y los ojos oscuros
y el alma hecha pedazos.

Apriétate a mi cuerpo en un abrazo,
como hacía mi madre
para que no me fuera.



LAS ISLAS

Ahí oigo el océano, el alegre correr de las olas;
ahí los alegres rebaños, los alegres vientos del cielo;
las praderas en donde se abre la flor de los días,
hacia el sol, hacia el mar, más allá de las landas,
más allá de las islas, oh amorosa.

Veo al fondo del agua tu alegre sonrisa de niña
que vuela en torno ahora como una abeja roja.

Aquí vivo. Pongo una seña cada día.
Ayer llovió; hoy hay luna nueva.
El árbol de Pascua aquí florece noche a noche.
El mar rodea mi alma herida y triste.

Subiendo las playas y las tardes,
la inmóvil pared de las noches,
la luna empujando las aguas y los viajes.

Todo lo llena la soledad con su húmedo anillo.
Salen los días luciendo sus armas de soldados.
Recién amanecida, fresca de estrellas, tiembla el agua.

Cogiendo mariposas, cojo tu nombre distraído.
Canta, canta el océano, distiendo el arcoiris.

¿Quién te llenó los ojos de sombras, niña mía?

El río moja tu mejilla en la flor de los lirios.
El tiempo se desvanece de súbito.
Ay, perdura el último canto,
tierna niña de júbilo,
la tristeza del pueblo te deshoja.
Solamente yo arrullo tu congoja
como ola de la playa.